

Verificábanse en él todas estas revoluciones sin que su familia lo sospechase.

Cuando en esta misteriosa tarea hubo perdido del todo su antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata, de jacobino y de realista; cuando fué completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, fuése á casa de un grabador de la calle de Orfèvres y mandó hacer cien tarjetas con su nombre, en que se leía: "El barón Mario de Pontmercy".

Lo cual era una consecuencia lógica del cambio que se había operado en él; cambio en que todo gravitaba al rededor de su padre.

Solamente que como no conocía á nadie, y no podía dejar las tarjetas en ninguna portería, se las guardó en el bolsillo.

Por otra consecuencia natural, á medida que se aproximaba á su padre, á su memoria, á las cosas por qué el coronel había peleado veinticinco años, se iba alejando de su abuelo. Ya lo hemos dicho, desde muy antiguo no gustaba del carácter del viejo Guillenormand. Entre ambos había ya todas las disonancias que puede haber entre un joven grave y un viejo frívolo. La alegría de Geronte choca y exaspera á la melancolía de Werther. Mientras habían sido comunes en ellos las opiniones políticas y las ideas, Mario se había encontrado como en un puente con el señor Guillenormand; mas cuando ese puente se hundió, los separó el abismo. Además, Mario sentía inexplicables impulsos de rebelión cuando recordaba que el señor Guillenormand, por motivos estúpidos, le había apartado sin piedad del coronel, privando al hijo del padre y al padre del hijo.

A fuerza de lástima por su padre, había casi llegado á tener aversión á su abuelo.

Pero nada de esto, como hemos dicho, se traslucía exteriormente. Tan sólo se mostraba más frío de día en día, más lacónico en la mesa, y con más frecuencia se ausentaba de la casa. Cuando su tía le reprendía era muy respetuoso, y daba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc.

El abuelo no salía de su infalible diagnóstico:—¡Enamorado! Ya conozco eso.

Mario hacía de cuando en cuando algunas escapatorias.

—Pero ¿á dónde va?—preguntaba la tía.

En uno de estos viajes, siempre cortos, fué á Montfermeil para cumplir la indicación que su padre le había hecho, y buscó al antiguo sargento de Waterloo, al posadero Thénardier. Thénardier había quebrado; la posada estaba cerrada, y nadie sabía qué había sido de él. Mario, con motivo de estas investigaciones, estuvo cuatro días fuera de su casa.

—Decididamente,—dijo el abuelo,—se extravía.

Habíase creído adivinar que llevaba bajo la camisa, y sobre el pecho, algo sujeto con una cinta negra que pendía del cuello.

VII

Algún amorcillo.

Hemos hablado de un lancero.

Era un tercer sobrino del señor Guillenormand por parte de padre, el cual llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnición. El teniente Teódulo Guillenormand tenía todas las condiciones necesarias para ser lo que se llama un lindo oficial. Tenía "el talle de una señorita", cierto modo de arrastrar el sable, y llevaba el bigote retorcido. Iba raras veces á París, tanto, que Mario no le había visto nunca. Los dos primos sólo se conocían de nombre.

Teódulo era, según creemos haber dicho ya, el favorito de la tía Guillenormand, que le prefería, porque no le veía. No ver á las gentes permite suponerles todas las perfecciones. Una mañana la señorita Guillenormand mayor entró en su cuarto tan conmovida como podía estarlo su placidez. Mario acababa de pedir á su abuelo permiso para hacer un viaje, diciendo que pensaba partir aquella misma noche. ¡Anda! le había respondido el abuelo. Y Guillenormand había añadido aparte, arqueando las cejas hacia lo alto de la frente: ¡Duerme fuera y reinicide! La señorita Guillenormand había subido á su cuarto muy cavilosa, dejando escapar en la escalera esta exclamación:—“¡Es ya mucho!” Y esta interrogación:—“¿Pero á dónde va?” Entreveía alguna aventura de corazón más ó menos ilícita, alguna mujer en la sombra, una cita, un misterio, y no le hubiera disgustado haberle podido echar el lente. Gustar un misterio es como alcanzar las primicias de un escándalo; y esto no lo detestan las almas más santas. Hay en los secretos receptáculos de la mojigatería, cierta curiosidad por el escándalo.

Veíase, pues, dominada por el vago apetito de saber una historia.

Para distraerse de esta curiosidad, que la agitaba un poco más de lo acostumbrado, había echado mano de sus habilidades, y se había puesto á festonear con algodón, y sobre algodón, uno de esos bordados del Imperio y de la Restauración, en que se ven muchas ruedas de cabriolé. Obra chavacana, obrera ruda. Estaba hacía algunas horas sentada en su silla, cuando se abrió la puerta. La señorita Guillenormand levantó la nariz; el teniente Teódulo estaba en su presencia, haciéndole el saludo de ordenanza. Lanzó ella un grito de alegría. Se puede ser vieja, mojigata, devota y tía; pero no hay mujer que no se alegre al ver entrar en su cuarto un lancero.

—¡Tú aquí, Teódulo!—exclamó.

—De paso, tía.

—¡Pero, abrázame!

—¡Ya está!—dijo Teódulo.

Y la abrazó. La tía Guillenormand fué á su secreter, y le abrió.

—¿Te quedarás con nosotros una semana al menos?

—Tía mía, parto de nuevo esta misma tarde.

—¡No es posible!

—Matemáticamente.

—Quédate, Teodulito; yo te lo ruego.

—El corazón dice sí; pero la consigna contesta que no. La historia es muy sencilla. Nos mudan de guarnición; estábamos en Melún, y nos llevan á Gaillón. Para ir de la antigua guarnición á la nueva hay que pasar por París, y he dicho: "Voy á ver á mi tía".

—Toma por la molestia.

Y le puso diez luises de oro en la mano.

—Por la satisfacción querréis decir, querida tía.

Teódulo la abrazó por segunda vez, y ella tuvo el gusto de rozar un poco el cuello con los cordones del uniforme.

—¿Haces el viaje á caballo con tu regimiento?—le preguntó ella.

—No, tía. He querido visitaros, y he sacado para ello un permiso especial. El asistente lleva mi caballo, y yo iré en la diligencia. Y á propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—¿Cuál?

—¿Está de viaje también mi primo Mario Pontmercy?

—¿Cómo sabes tú eso?—dijo la tía, excitada súbitamente en lo más vivo de su curiosidad.

—Al llegar he ido á tomar mi billete de berlina en la diligencia.

—¿Y qué?

—Que había ya ido un viajero á tomar un asiento del imperial, y he visto su nombre en la hoja de la administración.

—¿Qué nombre?

—Mario Pontmercy.

—¡Ah, pícaro!—exclamó la tía.—Tu primo no es muchacho juicioso como tú. ¡Decir que va á pasar la noche en diligencia!

—Como yo.

—Pero tú es por obligación, y él por desorden.

—¡Caracoles!—prorrumpió Teódulo.

En esto se le ocurrió una idea á la señorita Guillenormand mayor. Si hubiera sido hombre, se habría dado una palmada en la frente. Y dirigiéndose brusca-mente á Teódulo le dijo:

—¿Sabes que tu primo no te conoce?

—No. Yo por mi parte le he visto; pero él nunca se ha dignado fijarse en mí.

—¿Y vais á viajar juntos?

—El en el imperial y yo en la berlina.

—¿A dónde va esa diligencia?

—A los Andelys.

—¿Y va allí Mario?

—Sí, á no ser que haga lo que yo, y se quede en el trayecto. Yo bajo en Ver-nón para tomar el coche de Gaillón. Ignoro el itinerario de Mario.

—¡Mario! ¡Qué nombre tan feo! ¡Qué ocurrencia la de ponerle Mario! ¡Pe-ro tú al menos te llamas Teódulo!

—Preferiría llamarme Alfredo,—dijo el oficial.

—Oye, Teódulo.

—Ya oigo, tía.

—Préstame atención.

—Estoy atento...

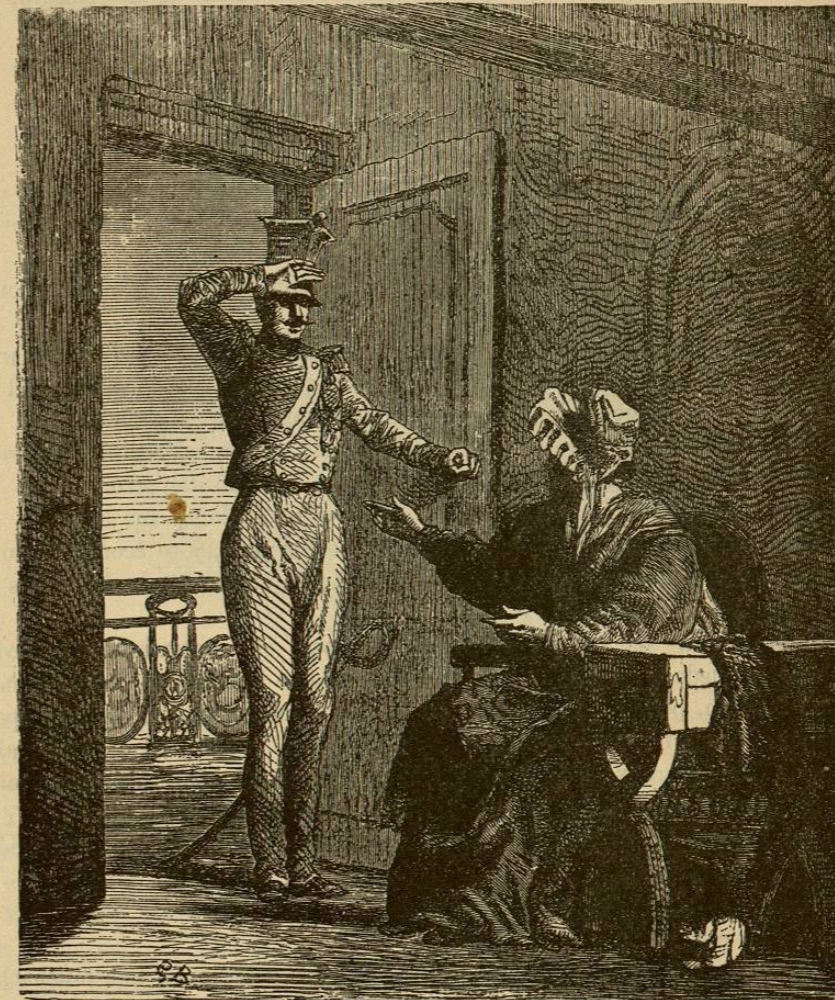
—¿Estás?

—Estoy.

—Pues bien; Mario hace escapatorias.

—¡Eh! ¡Eh!

—Viaja.



—¡Ah! ¡Ah!

—Duerme fuera de casa.

—¡Oh! ¡Oh!

—Quisiéramos saber la causa.

Teódulo respondió con la calma de un hombre curtido:

—Cuestión de faldas.

Y con esa risita entre cuero y carne que demuestra la certeza, añadió:

—Alguna muchacha.

—Es evidente,—dijo la tía, que creyó oír hablar al señor Guillenormand, y

que sintió salir irresistiblemente su convicción de la palabra "muchacha" acentuada casi de la misma manera por el tío y el sobrino. Y añadió:

—Haznos un favor. Sigue un poco á Mario; esto te será fácil, porque no te conoce; y supuesto que hay muchacha de por medio, haz por conocerla. Nos escribirás la historietta, y se divertirá el abuelo.

A Teódulo no le gustaba mucho este género de espionaje; pero habíanle conmovido los diez luises, y creía que podrían traer otros detrás de sí. Aceptó, pues, la comisión y dijo:

—Como usted quiera, tía.

Añadiendo para sí:

—Ya estoy convertido en dueña.

La tía Guillenormand le abrazó.

—No harías tú nunca esas extravagancias, Teódulo. Tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de la consigna, eres hombre escrupuloso y fiel á tus deberes, y no abandonarías á tu familia por ir á ver á una muchachuela.

El lancero hizo una mueca de satisfacción parecida á la del ladrón Cartouche, elogiado por su probidad.

La noche que siguió á este diálogo, Mario subió á la diligencia sin sospechar que se le vigilaba. En cuanto al vigilante, lo primero que hizo fué dormirse. El sueño fué completo y concienzudo. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despuntar el día, el mayoral de la diligencia gritó:—¡Vernón! Relevo de Vernón! ¡Los viajeros de Vernón! Y el teniente Teódulo despertó.

—¡Bueno!—murmuró medio dormido aún;—aquí es donde me bajo.

Después empezó á despejarse la memoria poco á poco, y se acordó de su tía, de los diez luises, y de la promesa que había hecho de contar los hechos y los gestos de Mario. Esto le hizo reír.

—Ya no estará tal vez en el coche, pensó para sí abotonándose el levitín. Puede haberse quedado en Poissy y ha podido quedarse también en Triel; si no ha bajado en Meulan, puede haber bajado en Nantes á menos que no se haya apeado en Rolleboise, ó que no haya avanzado hasta Pacy, con la facultad de torcer allí á la izquierda hacia Evreux, ó á la derecha hacia Laroche-Guyón. Ya puede mi tía echarle un galgo. ¿Qué diablos voy á escribirle ahora á la buena vieja?

En este momento un pantalón negro que descendía del imperial apareció en la vidriera de la berlina.

—¿Será este Mario?—dijo el teniente.

En efecto, era Mario.

Al pie del coche, y mezclada con los caballos y los postillones, una muchachuela del lugar ofrecía flores á los viajeros, gritando:

—Flores para las señoras, caballeros.

Mario se acercó á la muchacha, y escogió las flores más hermosas de su cesta.

—Por de pronto,—dijo Teódulo, saltando de la berlina,—ya pica esto mi curiosidad. ¿A quién diablos va á llevar esas flores? Preciso es que sea muy buena moza para que merezca tan lindo ramo. Quiero conocerla.

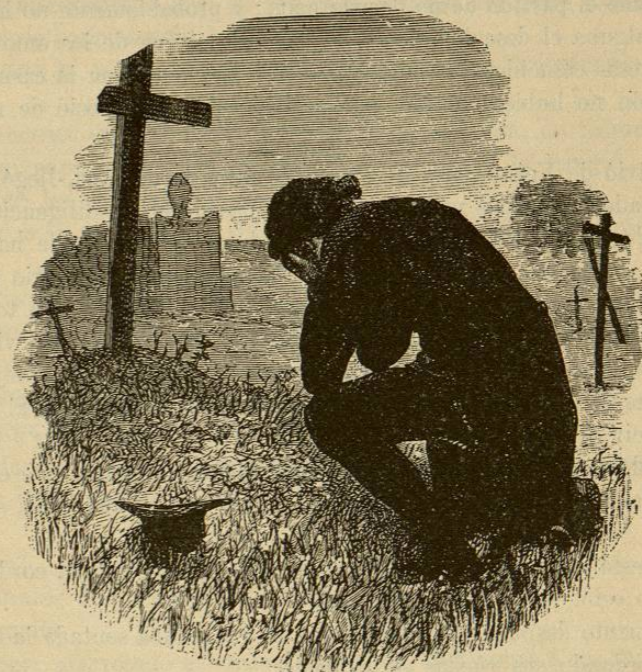
Y no tanto por mandato como por curiosidad particular, á semejanza de los perros que cazan por su cuenta, empezó á seguir á Mario.

Este no fijó la atención en Teódulo. Bajaron de la diligencia algunas mujeres elegantes; Mario no las miró siquiera, parecía que no veía nada á su alrededor.

—¡Está enamorado!—pensó Teódulo.

Mario se dirigió hacia la iglesia.

—¡Perfectamente!—dijo Teódulo.—¡La iglesia! Esto es. Las citas sazonadas con un poco de misa son mejores. Nada tan exquisito como una mirada pasando por encima de Dios.



Mario llegó á la iglesia, pero no entró; dió la vuelta al exterior, y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera,—dijo Teódulo.—Veremos la muchacha.

Y se adelantó de puntillas hacia el ángulo por donde había dado la vuelta Mario.

Al llegar allí, se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado sobre la yerba, junto á una tumba. Había deshojado el ramo. En el extremo de la fosa, en un relleno que indicaba la cabecera, había una cruz de madera negra con este nombre escrito en letras blancas: "El Coronel Barón de Pontmercy". Oíase sollozar á Mario.

La chica era una tumba.

VIII

Marmol contra granito.

Allí era donde había ido Mario la primera vez que se ausentó de París. Allí iba cada vez que el señor Guillenormand decía: "Duerme fuera".

El teniente Teódulo se quedó completamente desconcertado con el inesperado